

## LA HORA DE LA SENSATEZ

NO sería honrar a la verdad, fundamento y objetivo de la información periodística si no afirmáramos un hecho: vivimos momentos de cierto nerviosismo. Y que deben resolverse dentro de la mayor serenidad. Es, pues, la hora de la prudencia, de la sensatez. Y de la disciplina. El mismo Consejo Superior del Ejército ha dado pruebas de esa disciplina en nota muy comentada; y ha aceptado una legalización aunque manifestando su disgusto.

Nos parece, en ese sentido, muy justo un artículo publicado ayer por el ilustre historiador Carlos Seco Serrano. Y donde, entre otras ideas, podemos espigar estos conceptos: «la definitiva superación de nuestra contienda sólo se logrará cuando los dos extremos responsables de ella retornen a integrarse en una plataforma de civilizado diálogo —cuyo cauce supremo está en el Parlamento—. Pero no quitando la razón a una de las partes responsables del enfrentamiento armado —la que ganó la guerra— para dársela a la otra —la que la perdió».

Por eso creemos que en esta hora, que pedimos sea de serenidad, venga presidida por el objetivo de la reconciliación. Conviene, sin embargo poner énfasis en que esa idea de reconciliación rechaza esa otra de todo revanchismo, y que ya se insinúa en el triunfalismo de determinados líderes políticos. La mayoría de la sociedad española, como pudo verse en el referéndum, en el que se marginaron los extremismos y las radicalizaciones, aspira a una concordia. Y ello sólo es posible si se canalizan los anhelos nacionales —como indica Seco Serrano— en un Parlamento en el que fluya un diálogo civilizado y constructivo. Porque si las nuevas Cortes no hacen más que embalsar rencores y actitudes irreconciliables veremos frustrarse, otra vez, en la historia, la ocasión de edificar una Patria en orden y en paz, orientada hacia el progreso.

Hemos dicho que es la hora de evitar nerviosismos peligrosos y de adaptarnos a las realidades. Ciertos sectores están poniendo, irresponsablemente, el pie en el acelerador con grave riesgo para el cuerpo social. Al país le conviene serenarse, máxime cuando se asoma en el horizonte una confrontación electoral de la que debe salir resuelto nuestro futuro.



# JARDIN DEL ATENEEO

JARDIN Interior. Me gusta darle este nombre, de vaga reminiscencia teresiana, pese a no ser éste, precisamente, un jardín recoleto. Es, sí, una tregua de paz entre el bullicio, una verde, lozana isllita de la Naturaleza —plantas, flores, trinos de pájaros, rumorear de agua— rodeada de ciudad —ruido, lucha, prisa, trajín— por todas partes. No se halla en un hondón como estuvieron la mayoría de jardines — hoy convertidos en almacenes o en galerías comerciales— de las que fueron nobles mansiones de la Ciudad vieja, sino al nivel de salas y salitas, en las que la gente entra, sale, se aposenta, juega, discute, ríe, charla... Frente a la puerta de entrada, justamente, tras cruzar el vestíbulo y una de esas salas, abre su puerta el jardín en una bienvenida luminosa que es promesa de paz y de reposo. Y, en anhelo de más y más altura se levantan en él las esbeltas palmeras —las he contado más de una vez: doce palmeras, entre grandes y chicas— mientras en el espejo del estanque se mira el cielo azul, o verde, o gris... Un estanque poblado de pececillos rojos y que, en algunos días señalados —Corpus Christi— alza gozoso surtidor que salta, sube, sube, y se divierte jugueteando con un bonito huevo de colorines. Para verlo, en esos días, entran niños en el Ateneo.

En 1960 cumplió cien años de vida el Ateneo Barcelonés. Pasó por diversos avatares, se alojó en distintos edificios, antes de contar con casa propia y poseer este lindo jardín. La fecha del 27 de marzo de 1905 es la de aquella histórica Junta General en que se acordó la adquisición del palacio —Canuda, 6— que, en 1797 se había construido para el barón de Sabasona, y que ahora nos cobija. Antes, después, la historia del Ateneo es en gran manera... la Historia misma de la Ciudad, y es de esperar que cualquier día se le ocurra a un curioso ateneísta historiador trazar su

paralelo. Yo, curiosa de mí, tomándolas de aquí y de allá, he retenido en la memoria dos fechas que las feministas barcelonesas no deberían olvidar: en 1881, bajo la presidencia del Sr. Robert se concede permiso a las señoras para asistir a las conferencias al lado de los caballeros. Y en 1908 ¡veintisiete años después! se admite favorablemente la solicitud de socio residente presentada por la señorita Leonor Serra. Fue esta señorita el primer socio femenino del Ateneo y su gesto causó sensación. La Junta se reunió para darle la bienvenida, felicitarla y expresar su deseo de que algún día tuviera imitadoras. No hay que ponderar hasta qué extremo, en el correr de días y de años, se ha visto colmado este deseo.

## María Luz Morales

No hay tampoco que precisar como muchos años después, en los míos juveniles, fui yo ¡gracias, Leonor Serra! una de esas imitadoras. El Ateneo Barcelonés fue mi Instituto y mi Universidad: en su Biblioteca —alrededor de los 150.000 volúmenes— sací, año tras año, mi sed ardiente de lectura. Eran tiempos en mi vida difíciles. Hundida en el estudio, rodeada de librillos y libretos, no me quedaba tiempo ni vagar, para gozar de la paz del jardín, más, sentada a uno de los pupitres próximos a los ventanales que miran hacia él, con el libro abierto ante mí, de cuando en cuando un pájaro, una flor, una palmera y hasta un pez colorado, me enviaban un trino, una fragancia, un guiño, una sonrisa... A veces, en noches estivales, un grillo, su cri-cri...

En sus cien años y pico de existencia el Ateneo Barcelonés ha atravesado muchas

crisis. Las de la ciudad, las del país, las de la vida, lógicamente. También otras suyas, internas, de orden económico o funcional o ideológico. Mas todas ha podido, ha sabido vencerlas, superarlas, gracias, creo yo, a la ineludible avenencia, al noble impulso colectivo de quienes, por encima de todas las diferencias, aman este hogar de Cultura y agradecen los dones que en él se les ofrecen. Buena muestra de ello, es, entre otras cosas, la afluencia, siempre creciente, de lectores, que ha obligado a ampliar y aun doblar, el número de salas ocupadas por la Biblioteca.

Hoy como ayer en la tribuna del Ateneo insignes personalidades nos han dejado oír interesantes, hermosas conferencias (con algún que otro «rollo», claro es: lo inevitable) mas no cabe aquí citar todos sus nombres, con el peligro siempre de involuntarios olvidos lamentables. Alejándome en el tiempo, sin embargo, me place recordar como aquí, en cuatro sesiones públicas, leyó Narciso Monturiol su ensayo sobre «El arte de navegar por debajo de las aguas». Y en 1879 Mosén Cinto Verdagué dirigió la lectura de diversos fragmentos de «La Atlántida», todavía inédita. No menos trascendente me parece que, desde la tribuna presidencial del Ateneo se alzara un día la voz de Juan Maragall para pronunciar por vez primera su «Elogio de la palabra». La palabra: «la maravilla mayor del mundo porque en ella se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza».

No. Yo no creo en ninguna crisis definitiva del Ateneo. Pues sé que después de cada una de ella, su espíritu vuelve a triunfar, a florecer, como florece su jardincillo a cada nueva primavera.

dia  
a dia

## UNA PRUEBA DE CIVISMO

Quizá hoy, viernes, penúltimo día de la semana, y después de siete días de gran nerviosismo, uno limita su comentario a una cuestión de civismo porque considera que ya tendrá oportunidad, eso espero y deseo, de analizar con profundidad lo sucedido en el país durante las últimas jornadas.

Pues bien, hay un hecho que aunque parezca intrascendente tiene su importancia para a las próximas elecciones: me refiero a la necesidad de que los partidos que efectuaron pintadas en las paredes antes del referéndum solicitando la abstención en el mismo procedan rápidamente a una operación de limpieza de las mismas. Y ello por un doble motivo, a saber: en primer lugar porque de continuar aquellos slogans en nuestras calles pueden desorientar a más de un potencial elector al considerar que es en la próxima consulta electoral cuando no debe votar —no se olvide que según las últimas encuestas un 45 por ciento del electorado muestra todavía una falta casi total de formación política— y, en segundo término, porque si esto se efectuara en los próximos días alcanzaría un símbolo especial, es decir, si los colectivos de la oposición que preconizaron la abstención en el pasado referéndum procedieran a borrar sus consignas callejeras parecería como si se comprendiera —aunque quizás un poco tarde— la equivocación en que cayeron al propiciar tal postura.

Y todo ello, uno lo saca a colación no solamente porque desea que las paredes de su ciudad estén limpias, sino porque hoy —precisamente hoy— se puede comprender con mayor claridad lo cierto que era aquella frase de un líder de la oposición que antes y después del referéndum señalaba que se había equivocado al preconizar la abstención. Y así es, guste o no. La realidad política del país sería muy diferente si todas las fuerzas democráticas hubieran preconizado el sí en el referéndum; ya que entonces el triunfo del «sí» hubiera supuesto una victoria inequívoca de «todos» no sólo del Gobierno y se hubiera puesto de manifiesto la voluntad de cooperación con el proceso político en marcha.

Sin embargo, las cosas no sucedieron así, y en política hay que partir de realidades. Pero lo que sí se puede pedir —por lo menos eso considera uno— a las fuerzas democráticas en estos momentos es que tengan presente que lo que se está jugando es la viabilidad de instaurar la democracia en el país. En definitiva, uno pediría que los intereses partidistas, los tantos por cientos electorales, etcétera, pasaran a segundo plano y se pusiera todo el interés y atención en apoyar y facilitar la tarea a aquellos que están demostrando que su objetivo no es más que devolver la soberanía al pueblo español. Que no es poco...

JORDI DOMENECH

## DEMOCRATAS CONVENCIDOS O ADOPTADOS

OBSERVAMOS que el deseo de responder a la voluntad del pueblo soberano ha hecho súbitamente mella entre nosotros, de tal manera que incluso quieren acatarla bastantes de nuestros hombres públicos que si aún viviera el general Franco, continuarían amparados en un «establishment» que no daba precisamente curso a las corrientes liberales, democráticas y autonómicas que nunca ha dejado de querer nuestro pueblo. Esta situación nos deja algo perplejos. ¿Habrá estado rodeado el general Franco, por lo menos en los últimos años de su caudillaje, por hombres que en el fondo no eran afectos a su filosofía política? ¿O es que el examen introspectivo, profundo, que cada uno pueda haber efectuado al plantearse el problema de la ordenación del país después de 40 años de franquismo, ha hecho coincidir a tantos en la convicción de que la forma de gobierno que más nos conviene es la que se apoya en las reglas de la democracia?

No nos gusta que se presenten ante el electorado, como inspirados en una misma raíz ideológica, quienes desde hace años luchan por el cambio democrático y aquellos que la han adoptado recientemente. No nos agrada porque entendemos que con ello se origina una pernicioso confusión. El que muchos personajes que se sometieron al franquismo y lo mantuvieron desde puestos de responsabilidad, hablen hoy como si fueran demócratas convencidos, no es serio y resulta perjudicial para el país. Nos parece razonable, en cambio, desde este punto de vista, el lenguaje utilizado por los líderes de Alianza Popular, que en su reciente Congreso han manifestado con firmeza que no están dispuestos a que se destruya la obra realizada por el franquismo en estos últimos cuarenta años.

Aunque coincidamos en la necesidad de realizar el cambio democrático, no todos perseguimos este objetivo guiados por las mismas

motivaciones. Si esto es así, ¿No parecería más razonable que los partidos se esforzaran por ganar las elecciones y gobernar el país partiendo de las convicciones de quienes los integran? Los demócratas no pretendemos excluir a nadie del juego político. Por el contrario, propugnamos que cuantos tengan unas ideas o programas que puedan contribuir al bien de la colectividad, luchan para llevarlas al gobierno o para aplicarlas desde el poder. En el campo de la lucha electoral, damos la bienvenida a todas las tendencias, sean moderadas o extremistas. Que triunfe el que convenza al pueblo y conquiste sus votos. Pero deseamos que las posiciones de unos y otros queden clarificadas, ya que lo contrario podría engañar al país y acarrear unos resultados contrarios al sano criterio de la opinión pública.

Los demócratas convencidos luchamos por el cambio político con el arma poderosa de nuestra firmeza en las convicciones propias. Ante nosotros, apoyados en lo mucho que queda del poderoso aparato político y administrativo levantado durante estos últimos cuarenta años, apuntan en la misma dirección unos partidos políticos formados y dirigidos por hombres que nunca han creído en la democracia y que hoy la aceptan por considerar que su signo se halla en la corriente de los vientos de la historia. Respetemos nuestras respectivas convicciones y ofrezcamos al electorado nuestros puntos de vista y nuestros programas, que pueden ser coincidentes en muchos puntos, porque en todos los sectores hay quienes luchan por el bien común y ninguno de ellos es ajeno a los intereses generales de nuestra colectividad. Mas es preciso que el ciudadano pueda salir de la confusión en que hoy se encuentra y distingua claramente entre quienes luchan por la democracia por creer en ella y los que la propugnan por razones ajenas a esta convicción.

J. PRAT BALLESTER

## cruz y raya

# LAS MAJAS

YA tenemos las «Majas» en Barcelona. Las de Goya. Recostadas en una otomana de color verde. La vestida, de blanco, chaquetilla parda con alamares negros y faja rosa; la desnuda, con su piel traslúcida: filigrana artística de palideces, jacintos y guadianas azules bajo la piel de seda.

Todos las hemos visto alguna vez: en el Museo del Prado, en láminas o en tarjetas postales; hasta el guardia municipal de Cáceres que denunció, por indecente, a la que lleva su lindo cuerpo por camisa.

¿Y quién era la «Maja», con ropa o desvestida? Unos, que si la duquesa de Alba, Cayetana; otros que si la duquesa de Osuna, Josefa; tal vez Pepita Tudó, amante privada y luego esposa de

Godoy, el válido; quizás cierta moza castiza del Pardo por quien andaba hecho unas gachas el fraile Babi, amigo del pintor; o una de tantas mariposas «demi mondaines» en la corte de Carlos IV. La reina María Luisa, no, desde luego.

La verdad es que tal misterio, de explicarse —si alguna vez se explica—, sólo serviría para contar historias. Lo importante es que tanta gracia y lindura se hubieran perdido —verdura de las eras— sin el arte de Goya. Algo parecido ocurre, ahora, con los «Majos» de la democracia, tan vestidos o desnudos de ideas como las «Majas» en sus otomanes. Con peor suerte para ellos. No tienen su Goya que los pinte.

MANUEL VELA JIMENEZ